

## 13. Identificación proyectiva

**DEFINICION.** La identificación proyectiva fue definida por Klein en 1946 como el prototipo de la relación objetal agresiva, que representa un ataque anal a un objeto por la vía de insertarle *partes del yo* a fin de apoderarse de sus contenidos o de controlarlo, y que ocurre en la posición esquizo-paranoide desde el nacimiento. Es una «fantasía alejada de la conciencia» que supone una creencia en que ciertos aspectos del self están localizados en otra parte, con el consiguiente vaciamiento y debilitamiento del sentimiento de sí y la identidad, que tiene el alcance de una despersonalización; pueden sobrevenir profundos sentimientos de extravío o una sensación de aprisionamiento.

En ausencia de una introyección concomitante por parte del objeto en el que se opera la proyección, intentos redoblados de hacer intrusión en él tienen por resultado formas extremas de identificación proyectiva. Estos procesos excesivos conducen a distorsiones graves de la identidad y a las experiencias perturbadas del esquizofrénico.

En 1957, Klein señaló que la envidia se entramaba hondamente con la identificación proyectiva, que por lo tanto representa el ingreso forzado en otra persona con el propósito de destruir sus mejores atributos. Poco después, Bion (1959) distinguió una forma normal de identificación proyectiva de una forma patológica, y otros autores han elaborado este grupo de «muchos procesos distintos pero relacionados». El intento de comprender mejor la identificación proyectiva ha constituido el campo principal de ulterior investigación para los kleinianos.

### CRONOLOGIA

**1946.** La descripción clásica de Klein (Klein, Melanie, 1946, «Notes on some schizoid mechanisms»).

**1957.** Extensiones pos-kleinianas del concepto, tales como contenimiento, etc. (Segal, Hanna, 1957, «Notes on symbol formation»; Bion, Wilfred, 1957, «Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities»; Bion, Wilfred, 1959, «Attacks on linking»; Bion, Wilfred, 1962b, *Learning from Experience*).

Desde muy temprano, Klein describió procesos en que partes del self y sus impulsos eran localizados en el mundo externo: «Gerardo propuso mandarlo [se trataba de un tigre de juguete] a la sala

contigua para que fuera portador de sus deseos agresivos hacia su padre (. . .) Esta parte primitiva de su personalidad estaba representada en este caso por el tigre» (Klein, 1927, pág. 172). Sin embargo, sólo en 1946 el concepto recibió una definición plena y se situó en su marco teórico [véase 11. POSICION ESQUIZO-PARANOIDE]. En este punto, Klein describía la patología grave del desarrollo yoico del esquizofrénico.

Cuando Klein, en 1952, en *Contributions to Psycho-Analysis*, reimprimió su trabajo de 1946, introdujo un agregado para proponer la expresión «identificación proyectiva» como designación de este proceso. Desde ese momento, el concepto de «identificación proyectiva» no hizo sino situarse cada vez más en el centro de la escena del psicoanálisis kleiniano. Tras la muerte de Klein, ocurrida en 1960, los principales aportes producidos se volcaron a comprender este concepto en sus vastos alcances. En otro lugar examinamos los orígenes y el marco del concepto [véase 11. POSICION ESQUIZO-PARANOIDE; PROYECCION]. En esta entrada abordaremos los problemas que presenta la definición del término, las principales elaboraciones dedicadas al empleo del concepto (con referencia a exámenes más amplios contenidos en algunas entradas generales), y también usos y críticas del concepto por parte de no kleinianos.

**PROYECCION E IDENTIFICACION PROYECTIVA.** En razón de la larga historia de su uso en psicoanálisis, el término «proyección» se ha confundido con el de «identificación proyectiva». El distingo entre estas expresiones suele representar un gran misterio para muchos de los que se aproximan a este tema por primera vez. La verdad es que históricamente las dos se han empleado en acepciones que se superponen para designar fenómenos que no se distinguen cabalmente [véase PROYECCION].

El empleo inicial del término proyección por parte de Freud denotaba el «(. . .) abuso del mecanismo de proyección a los fines de la defensa» (Freud, 1895, pág. 209 [pág. 249]); él expuso la manera en que las representaciones de una persona pueden ser atribuidas a otra, lo cual crea un estado de paranoia. Un concepto muy similar aparece en Rosenfeld (1947) cuando describe la proyección de los impulsos sexuales de una paciente:

«Toda su angustia giraba en torno de si podría controlar los deseos y argumentos *de él*. Me repitió algunos de sus argumentos, y era evidente que Denis hacía las veces de los voraces deseos sexuales de mi propia paciente, quien tenía dificultades para go-

bernarlos y, en consecuencia, los proyectaba sobre él» (Rosenfeld, 1947, pág. 18).

Entretanto fueron apareciendo otros significados de «proyección».

*Abraham:* En 1924, Abraham formalizó una concepción de los estados maniaco-depresivos basada en pruebas clínicas circunstanciadas de la existencia de ciclos de proyección seguidos de una introyección de objetos recuperadora. La eliminación anal de objetos (en el caso típico, heces y lo que ellas representan) se convirtió en un aspecto importante para el desarrollo de la concepción de las relaciones objetales, sobre todo en Gran Bretaña, porque muchos analistas de Londres se habían analizado en Berlín con Abraham (James y Edward Glover, Alix Strachey; y la propia Klein se instaló en Londres tras la muerte de Abraham). A consecuencia de esto, cuando en las décadas de 1920 y de 1930 floreció la comprensión de las relaciones objetales en detalle, quedó consolidada la concepción de Abraham: la *proyección en el mundo externo de un objeto interno*.

*Proyección del superyó:* Klein hizo considerables aportes a este tema en el curso de sus importantes estudios sobre la índole del juego y del simbolismo [véase 1. TECNICA; FORMACION DE SIMBOLO]. La externalización en el mundo exterior se formuló al comienzo por referencia a la externalización del superyó o partes de este, porque en aquella época el mundo psicoanalítico se preocupaba por asimilar la nueva teoría de Freud (1923) del superyó [véase 7. SUPERYO]; por ejemplo, Klein afirmó acerca de George (de seis años): «Tres partes principales estaban representadas en sus juegos: la del ello y las del superyó en sus aspectos perseguidor y ayudante» (Klein, 1929, pág. 201).

*Self u objeto:* En esa etapa, Klein se debatía por reunir la idea de Abraham de objetos que eran expelidos desde adentro con la teoría de Freud del superyó (el único objeto interno que Freud reconocía). No obstante, su material clínico no era tan dócil: «( . . . ) al arrojarlos [a unos juguetes] de esta manera fuera de la sala, indicaba una expulsión tanto de los objetos dañados como de su propio sadismo» (Klein, 1930b, pág. 226). Lo proyectado, en consecuencia, era tanto el objeto como una parte del self (su propio sadismo).

Hasta 1946, Klein tomó el destino del objeto como centro de sus trabajos. Esto cobró mayor relieve en 1935, con la teoría de

la posición depresiva [véase 10. POSICION DEPRESIVA]. El destino de partes del self no sobresalía en el pensamiento de Klein, hasta que Fairbairn se lo señaló. Desde ese momento, se concentró en la fragmentación del yo en procesos esquizoides, y en el destino proyectivo de los fragmentos [véase 11. POSICION ESQUIZO-PARANOIDE]. Se los podía considerar identificados con objetos externos a través de un proceso de proyección determinado, que ella denominó «identificación proyectiva». Escogió este término porque había existido un debate prolongado entre los mismos kleinianos y partidarios de otras corrientes en torno de la relación entre la introyección y la variedad de identificación basada en la incorporación [véase ASIMILACION]. La identificación proyectiva parecía ofrecer la posibilidad de un significado simétrico. No obstante, sus ramificaciones no han concretado esa esperanza.

En este punto pudiera ser tentador proponer el empleo del término «proyección» en la acepción de Abraham de proyectar objetos, y de «identificación proyectiva» en la acepción de Klein de proyectar partes del self. Pero esta solución fácil fracasa.

En primer lugar, como lo deja en claro la cita trascrita (Klein, 1930b, pág. 226), partes del yo (self) son proyectadas *con* el objeto interno. Esto se destaca en la definición de Klein de la identificación proyectiva: «Junto con estos excrementos dañinos, expelidos con odio, son proyectadas también partes segregadas del yo» (Klein, 1946, pág. 8). En las ideas últimas sobre la identificación proyectiva, en consecuencia, la proyección de un objeto capaz de contener una proyección es un prerrequisito para proyectar una parte del self en el objeto externo [véase PIEL].

Aumenta la dificultad, en segundo lugar, la manera en que los objetos y el yo son construidos *psicológicamente*.

*La construcción del yo y de los objetos:* El desarrollo del yo se produce en buena medida por la introyección de objetos en él, que llega a ser una integración, más o menos estable, de objetos introyectados asimilados y que se perciben pertenecientes al yo, que en gran medida está estructurado por ellos. Al mismo tiempo, los objetos externos se construyen a través de proyecciones en el mundo externo de objetos que derivan en parte de una fantasía inconciente y, en parte, de experiencias previas de objetos. Estos objetos del mundo externo se construyen por lo tanto, en cierto grado, a partir de aspectos intrínsecos del yo (fantasía inconciente), junto con características reales de los objetos presentes y pasados. Esta amalgama, una vez introyectada, puede ser entonces asimilada como una parte del yo [véase ASIMILACION],

o puede permanecer como un objeto interno en apariencia distinto del yo y aun ajeno a este.

De esta manera, el yo y sus objetos se construyen a partir de diversos grados de mezcla e integración del self y del mundo externo. Las experiencias de aquellos, según sean parte del self o estén internamente —o externamente— separados como objetos, son muy fluidas y varían con el tiempo, lo que exige un análisis constante del proceso de las relaciones objetales internas y externas.

La conclusión es que no existe un distingo claro entre proyección e identificación proyectiva:

«No me parece útil distinguir proyección de identificación proyectiva. A mi parecer, lo que hizo Klein fue sumar profundidad y sentido al concepto de Freud de proyección, en tanto señaló que es imposible proyectar impulsos sin proyectar una parte del yo, lo que supone una escisión, y, además, que los impulsos no se extinguen cuando son proyectados; entran en un objeto, y distorsionan la percepción de este» (Spillius, 1983, pág. 322).

Ahora bien, Freud mencionó en ocasiones este aspecto más profundo de la proyección. Refiriéndose al juego de los niños, en un pasaje que sin duda influyó sobre Klein al comienzo de su obra, Freud expuso la manera en que los niños intentan reelaborar experiencias traumáticas: «En cuanto el niño trueca la pasividad del vivenciar por la actividad del jugar, inflige a un compañero de juegos lo desagradable que a él mismo le ocurrió y así se vengá en la persona de este sosias» (Freud, 1920, pág. 17 [pág. 17]). Muestra así el camino por el cual una experiencia del sujeto es transferida para convertirse en la experiencia de un objeto (en remplazo).

*La identificación proyectiva y la contratrasferencia:* El reclamo de propiedad que hacen los kleinianos sobre el término «identificación proyectiva» contrasta con la extrema dificultad de aclarar la manera de reconocer el fenómeno cuando se lo encuentra: «La descripción de estos procesos encuentra una gran dificultad, porque estas fantasías surgen en una época en que el infante todavía no ha empezado a pensar en palabras» (Klein, 1946). Joseph, por ejemplo, en diversos trabajos (1975, 1981, 1982) ha adoptado un modo de descripción que se basa en indicar el proceso en el material clínico, por oposición al intento de obtener una definición; ningún conjunto de definiciones del color rojo,

para alguien que nunca lo ha visto antes, remplazará al acto de señalarle un objeto rojo. Joseph mostró el *uso* que un paciente puede hacer del analista, y el entusiasmo que le produce salir airoso en ese uso. No se trata de un uso destinado a lograr que el analista represente algo —una figura parental, etc.—, sino de un uso destinado a escapar de un vínculo comprometido con el analista, que significa para el paciente el riesgo de sufrir experiencias penosas y una desestabilización de su estructura de personalidad. Tras informar sobre un intercambio dentro de cierto material clínico, Joseph comentó:

«Considero probable que haya cometido un error técnico al interpretar la fantasía de la vaca de manera tan completa o, mejor, prematura, por referencia al cuerpo de la madre; con ello acaso di pie a mi paciente para creer inconcientemente que de hecho conseguía arrastrarme a su excitante mundo de fantasía, y así lo alenté en una proliferación de sus fantasías» (Joseph, 1975, págs. 215-6).

El analista, por un momento, fue tomado desprevenido e inducido a comportarse *como* un analista, lo que el paciente enseguida disfruta en la forma de un dominio sobre el analista, porque puede creer que este se comporta en obediencia al control de que lo hace objeto. Estos descuidos del analista, que lo llevan a ser juguete de las fantasías del paciente, pueden ser aprovechados por aquel paciente que conozca bien a su analista. El problema está en definir lo que ocurre en el analista cuando, como en el paciente, eso no ocurre en palabras. Es difícil aprehender la experiencia subjetiva del analista:

«La experiencia contratrásferencial presenta, a mi juicio, una cualidad bien distinta, que ha de permitir al analista diferenciar el caso en que es objeto de una identificación proyectiva del caso en que no lo es. El analista se siente manipulado porque le hacen desempeñar un papel, no importa cuán difícil sea discernirlo, en la fantasía de otro; o sentiría esa manipulación si no se encontrara en lo que en la consideración retrospectiva no puedo menos que denominar una pérdida temporaria de insight, una experiencia de sentimientos intensos, pero que al mismo tiempo le parecen enteramente justificados por la situación objetiva. Desde el punto de vista del analista, la experiencia consta de dos fases estrechamente relacionadas: en la primera, se tiene la sensación de que, comoquiera que sea, no se ha dado una interpretación

correcta; en la segunda, se percibe ser una clase particular de persona en determinada situación emocional. Creo que el principal requisito es la posibilidad de sacudirse la engañosa sensación de realidad que es concomitante de este estado» (Bion, 1961, pág. 149).

Aunque se refería al analista que trabaja en un grupo, Bion intentaba comunicar tanto la intensidad cuanto lo engañoso de la sensación subjetiva de recibir una potente identificación proyectiva. Si bien el suyo es uno de los mejores intentos de describir la identificación proyectiva, se trata de una sensación subjetiva que es más fácil apuntar que definir.

**IDENTIFICACION PROYECTIVA NORMAL Y ANORMAL.** Bion (1959, 1962a, b) estableció que se trata de un concepto complejo y que se lo podía categorizar en identificación proyectiva normal y anormal. La diferencia depende del grado de violencia en la ejecución del mecanismo. Existen dos propósitos de alternativa para la identificación proyectiva:

(i) uno consiste en evacuar de manera violenta un estado psíquico penoso, lo que conduce a la entrada forzada en un objeto, en la fantasía, en el afán de obtener un alivio inmediato y, a menudo, con el designio de obtener un control intimidatorio del objeto [véase OBJETOS BIZARROS; PSICOSIS], y

(ii) el otro consiste en introducir en el objeto un estado psíquico, como medio para comunicarse con él acerca de ese estado psíquico [véase CONTENIMIENTO].

La diferencia entre evacuación y comunicación es esencial, aunque puede ocurrir que en algún caso se produzca una mezcla. Pero en la práctica es importante distinguir estos dos *motivos*.

*Omnipotencia y fusión:* La evacuación y la comunicación se conectan con funciones defensivas diferentes y también con diferentes efectos, producidos en la fantasía, sobre el objeto y el yo. Lo que caracteriza a la forma patológica es la gran violencia y omnipotencia con la que se lleva a cabo:

«Cuando Melanie Klein se refiere a una identificación proyectiva “excesiva”, creo que el término “excesiva” se debe entender aplicado no sólo a la frecuencia con que se emplea la identifica-

ción proyectiva, sino también a una excesiva creencia en la omnipotencia» (Bion, 1962a, pág. 114).

El objeto deja de ser independiente (Rosenfeld, 1964b). Sobreviene una fusión del self con el objeto y esto representa, entre otras cosas, una defensa frente a la condición separada, la necesidad y la envidia [véase 12. ENVIDIA].

*La identificación proyectiva como comunicación:* Cuando elaboró la teoría de Klein del desarrollo del yo a través de ciclos repetidos de introyección y proyección, Bion la hizo avanzar con el discernimiento de que estos ciclos eran de identificación proyectiva y de identificación introyectiva. Presentó su modelo ya maduro en 1959:

«Durante todo el análisis, el paciente recurrió a la identificación proyectiva con una persistencia indicadora de que nunca había sido capaz de valerse en medida suficiente de ese mecanismo; el análisis le brindó la oportunidad de ejercitar un mecanismo que lo había decepcionado (...) algunas sesiones me llevaron a suponer que el paciente creía que un objeto le negaba el empleo de la identificación proyectiva (...) el paciente consideraba que yo negaba la entrada a partes de su personalidad que él deseaba hacer reposar en mí (...) Cuando el paciente pugnaba por librarse de miedos de muerte que sentía demasiado potentes para que su personalidad los pudiera contener, segregaba sus miedos y los ponía en mí, al parecer con la idea de que si se los dejaba reposar allí el tiempo suficiente, serían modificados por mi psique y podrían ser reintroyectados después sin peligro. En este caso, me parece que el paciente había considerado (...) que yo los evacuaba con tanta rapidez que los sentimientos no eran modificados sino que se volvían más penosos (...) pugnó por introducirlos en mí con creciente desesperación y violencia. Su conducta, aislada del contexto del análisis, habría parecido una expresión de agresión primaria. Más violentas eran sus fantasías de identificación proyectiva, más terror le causaba yo. Hubo sesiones en que esa conducta expresaba agresión no provocada, pero cito esta serie porque muestra al paciente bajo una luz diferente; su violencia era una reacción a lo que él apreciaba como mi posición defensiva hostil (...) la situación analítica instiló en mi mente la sensación de presenciar una escena tempranísima. Me pareció que el paciente había convivido en su infancia con una madre que respondía de manera concienzuda a las manifestaciones



emocionales del infante. Esta respuesta concienzuda contenía un elemento de impaciente "No sé qué le pasa a este chico". Mi deducción fue que a fin de comprender lo que deseaba el niño, la madre trataba el llanto del infante como si no fuera sólo una demanda de su presencia. Desde el punto de vista del infante, ella debió admitir en ella, y así experimentar, el miedo que hacía que el niño se sintiera morir. Este miedo era lo que el niño no podía contener. Pugnaba por segregarlo de sí, junto con la parte de la personalidad donde residía, y proyectarlo en la madre. Una madre comprensiva sería capaz de experimentar el sentimiento de espanto del que este bebé trataba de librarse por medio de identificación proyectiva, y de conservar empero una visión equilibrada. Este paciente se había visto frente a una madre que no podía tolerar la experiencia de esos sentimientos, y que reaccionaba negándoles el ingreso o, en otros casos, siendo presa de la angustia que resultaba de la introyección de los sentimientos malos del bebé (. . .) Para algunos, esta reconstrucción puede parecer fantástica en exceso; para mí (. . .) es la respuesta a cualquiera que objete que se insiste demasiado en la transferencia con exclusión de una elucidación adecuada de los recuerdos tempranos (. . .) De esta manera, el vínculo entre paciente y analista, o infante y pecho, es el mecanismo de la identificación proyectiva» (Bion, 1959, págs. 103-4).

Si el analista permanece cerrado o insensible, «El resultado es una identificación proyectiva excesiva por parte del paciente, y un deterioro de sus procesos de desarrollo» (pág. 105).

En el esquizofrénico,

«(. . .) la perturbación es doble. Por un lado está la disposición innata del paciente a una destructividad excesiva, al odio y la envidia; por el otro, el ambiente que, en el caso peor, niega al paciente el uso de los mecanismos de la escisión y la identificación proyectiva» (pág. 106).

Bion describe perturbaciones tanto heredadas como ambientales de la identificación proyectiva normal.

El distingo entre psicótico y no psicótico fue importante. Klein había sido criticada con frecuencia por pretender que los niños pasaban normalmente por un período de psicosis en su desarrollo (Waelder, 1937; Bibring, 1947; Kernberg, 1969). El distingo sirvió de clara refutación de esa crítica, y adujo rasgos clínicos para deslindar entre (i) un empleo de mecanismos psicóticos en

el desarrollo «normal» y (ii) el carácter psicótico de su empleo. Los rasgos distintivos del empleo *anormal*, patológico, de la identificación proyectiva (designada a veces como identificación proyectiva «masiva» o «excesiva») son

- (a) el grado de odio y violencia de la escisión y la intrusión;
- (b) la cualidad de control omnipotente y, en consecuencia, fusión con el objeto;
- (c) el monto de lo perdido del yo, y
- (d) la meta específica de destruir la percatación, en especial de la realidad interna. En contraste, la identificación proyectiva «normal» persigue la meta de obtener comunicación y empatía, y desempeña su papel en la participación de la realidad social [véase EMPATIA].

**LAS FANTASIAS DE LA IDENTIFICACION PROYECTIVA.** Klein tenía conciencia del problema que significaba encontrar un término: «La descripción de estos procesos primitivos tropieza con una gran dificultad, porque estas fantasías nacen en una época en que el infante todavía no ha empezado a pensar en palabras» (Klein, 1946, pág. 8n), y esta preocupación sigue encontrando eco: la identificación proyectiva «( . . . ) podría, llegado el caso, tener que cambiarse por algo así como una “identificación intrusiva” con tal que alguien pudiera encontrar una designación que expresara una función de fantasía tan alejada de la conciencia, salvo en los cuentos de hadas» (Meltzer, 1967, pág. xi).

El problema ha sido definido de otra manera, tal vez con más provecho: «Identificación proyectiva es una designación general para una cantidad de procesos distintos, pero relacionados, que se conectan con la escisión y la proyección» (O’Shaughnessy, 1975, pág. 325). Rosenfeld (1983), al cabo de una larga experiencia, terminó por ensayar un catálogo de las clases de fantasías participantes. Comprendía las siguientes:

- (i) Identificación proyectiva con propósitos defensivos tales como librar al self de partes indeseadas.
  - (a) Intrusión omnipotente que lleva a la fusión o confusión con el objeto.
  - (b) La fantasía concreta de vivir pasivamente dentro del objeto (parasitismo).
  - (c) La creencia en una identidad de sentimiento con el objeto (simbiosis).

(d) Expulsión de tensión por parte de alguien que ha sido traumatizado cuando niño por intrusiones violentas.

(ii) Identificación proyectiva empleada con fines de comunicación.

(a) Un método para abrirse paso hasta un objeto al que se cree distante.

(b) Inversión del vínculo hijo/progenitor.

(c) Identificación con similitudes encontradas en el objeto, con fines narcisistas.

(iii) Identificación proyectiva destinada a reconocer objetos e identificarse con ellos (empatía).

*Consecuencias en la fantasía:* Las identificaciones proyectivas, por ser una función de fantasía que interviene en la construcción de la identidad del self y los objetos, traen consecuencias importantes para las experiencias del individuo. La dislocación del self se experimenta de diversas maneras:

(i) la escisión que está en su base comunica la sensación de estar despedazado [véase ESCISION];

(ii) la experiencia de un yo vaciado y debilitado mueve a la queja de no tener sentimientos o ganas, y a una sensación de futilidad;

(iii) esta pérdida del yo se puede experimentar como una sensación de no ser en definitiva una persona (despersonalización);

(iv) la identificación con el objeto termina en una confusión con otro;

(v) el yo puede tener la sensación de que se le han arrancado partes por la fuerza, o sentirse aprisionado y controlado (claustrofobia);

(vi) la identificación puede traer por resultado un aferramiento singularmente tenaz al objeto donde se han localizado partes del self;

(vii) se generan angustias por haber dañado al objeto como consecuencia de la intrusión y el control;

(viii) pueden sobrevenir angustias graves a una eventual retorsión del objeto a causa de la intrusión violenta;

(ix) el destino del objeto en la identificación proyectiva patológica es el destino del self perdido, que se puede llegar a percibir como ajeno y perseguidor [véase ESTRUCTURA].

**ELABORACIONES POSTERIORES: 1952-1987.** La comprensión de la identificación proyectiva condujo enseguida a una comprensión mucho mejor de las experiencias del psicótico. Rosenfeld (1952) expuso en detalle sesiones con un paciente esquizofrénico, e incluyó muchas referencias a la fantasía del paciente de invadir al analista. Estas ideas se aplicaron también al análisis de niños (Rodrigué, 1955). Ahora bien, desde mediados de la década de 1950, la identificación proyectiva dio origen a una enorme cantidad de elaboraciones radicales dentro de la teoría psicoanalítica kleiniana.

El alcance de estos descubrimientos ha dejado en la sombra y aun eclipsado otras investigaciones. Es muy notable el descuido relativo de ciertos problemas introyectivos (la introyección forzada, por ejemplo). Consideremos por orden los puntos principales del desarrollo:

- (i) Psicosis.
- (ii) Vinculación.
- (iii) Pensamiento.
- (iv) Formación de símbolo.
- (v) Contenedores y cambio.
- (vi) Contratrasferencia.
- (vii) Identificación adhesiva.
- (viii) Estructura, y
- (ix) El contenedor social.

(i) *Psicosis* [véase PSICOSIS]: Klein se interesó por la psicosis casi accidentalmente. Su urgencia en justificar la técnica del juego y la naturaleza del proceso de simbolización inherente a la producción del juego la llevaron a estudiar niños que no jugaban y que tenían inhibida su aptitud de formar símbolos y emplearlos. Por este camino se encontró con la psicosis de niños, y reparó en su frecuencia (Klein, 1930a). Otros se interesaron también. Melitta Schmideberg, la hija de Klein, se vio influida en este sentido desde temprano e hizo sus propios aportes (Schmideberg, 1931).

Pero las nuevas ideas sobre la escisión y la identificación proyectiva llevaron mucho más lejos. Rosenfeld fue el primero en informar sobre el análisis de un esquizofrénico en 1947. Este análisis comenzó hacia 1944-1945, un período en el que la propia Klein escribía su trabajo sobre mecanismos esquizoides (Klein, 1946) mientras Rosenfeld se analizaba con ella. El y Segal (1950) pusieron de manifiesto en la situación clínica los procesos de es-

cisión del yo, que consistían en que diversas funciones y piezas de conocimiento no eran puestos en contacto entre sí. En un caso, conocer el tiempo que demandaba llegar hasta la casa del analista no se conectaba con el conocimiento de la hora de la sesión, de modo que el paciente no podía partir con la antelación suficiente para ser puntual. En otro ejemplo (que ya citamos), la paciente encontraba sus propios impulsos sexuales en un compañero, y los controlaba en él en lugar de hacerlo en ella misma.

En 1956, Segal describió el proceso por el cual el esquizofrénico proyecta depresión en el analista, lo que produce la desesperación característica de los que están a cargo de esquizofrénicos. Desde 1953, Bion empezó a estudiar esquizofrénicos con la óptica de la perturbación de pensamiento que los aqueja. Demostró que el esquizofrénico escinde cierta parte del yo, el aparato perceptual. Esto origina una forma patológica de identificación proyectiva en que las funciones de percepción le parecen al esquizofrénico desempeñadas por objetos externos de su medio [véase OBJETOS BIZARROS].

(ii) *Vinculación* [véase VINCULACION]: Bion extendió la teoría de la esquizofrenia para convertirla en uno de los ataques generalizados a la percatación; en especial, la percatación de la realidad interna. La desconexión de pensamientos en la mente, según la describieron Rosenfeld y Segal, es un ataque activo a los vínculos entre contenidos mentales. Bion lo comparó con la vinculación edípica; el ataque al vínculo entre contenidos mentales es un ataque a la pareja parental experimentada como objetos-partes. En su forma más básica, se trata de la vinculación de la boca con el pecho, o de la vagina con el pene.

Bion consiguió establecer una teoría general de la vinculación como una teoría de la psique como tal; en esta, las funciones de pensamiento más elevadas se componen de elementos de construcción emocional muy básicos, cuyo núcleo es el vínculo edípico. En consecuencia, el pensamiento se basa en las fantasías, experimentadas corporalmente, de la succión y del sexo [véase SABERINNATO]. Denominó este vínculo según una de sus propiedades claves — la de calzar un elemento dentro de otro— como la relación contenedor-contenido. Tomó en consideración el acoplamiento de los dos objetos, uno metido dentro de otro, y así empezó a ampliar la idea de la identificación proyectiva hasta convertirla en una función muy ubicua [véase CONTENIMIENTO].

En este punto, Bion consumó un *tour de force* teórico que lo condujo a un vasto examen de muy variados problemas en las

esferas psicológica, filosófica, religiosa y social [véase BION; FUNCION ALFA; CONTENIMIENTO]. Descuellan entre estas teorías las referidas al pensamiento y a la relación contenedor-contenido.

(iii) *Pensamiento* [véase PENSAMIENTO]: Bion empleó la noción de identificación proyectiva «normal» como el elemento básico de construcción que permite generar pensamientos a partir de experiencias y percepciones.

La obra de Klein había considerado teorías del saber, incluida la noción de un saber innato, en particular un saber sobre la pareja edípica apareada [véase FIGURA PARENTAL COMBINADA]. Existe una expectativa innata de que la unión de dos objetos producirá un tercero que sea más que una suma de las dos partes. En la generación de pensamientos a partir de la experiencia, una *pre-concepción* innata, semejante a la expectativa neural y anatómica de la boca hacia un pezón, se aparea con una *realización* (el pezón real entra en la boca), y el resultado es una concepción. Las concepciones nacen de conjunciones satisfactorias en las que una pre-concepción se aparea con una realización adecuada (Bion, 1959). Desde ese momento, las concepciones quedan disponibles para el pensamiento.

Este es uno de los modelos del pensamiento propuestos por Bion. Pero no se redujo a él: en definitiva parece haber considerado tres modelos del pensamiento (Spillius, 1988).

En el segundo modelo, Bion consideró el estado de cosas para el caso en que una pre-concepción no se aparea con una realización efectiva. Entonces una pre-concepción se tiene que asociar con una frustración; se produce un trabajo emocional. La concepción que resulta cuando una pre-concepción se aparea con una frustración es un pensamiento con el que se puede pensar, de manera que resulte posible planear una acción racional para buscar una satisfacción. El pensamiento de nivel superior repite el modelo tomando las concepciones como pre-concepciones nuevas que se han de aparear con realizaciones nuevas. Por ejemplo, «hechos» (realizaciones) generan una teoría (concepción) que después puede funcionar como una pre-concepción nueva que permita buscar otros «hechos» (realizaciones) a fin de producir una teoría más general.

En un tercer modelo, la adquisición de sentido es una función que Bion quiso explorar exento de toda expectativa previa, como si investigara funciones matemáticas. Inventó entonces un término «neutro», *función alfa* [véase BION; FUNCION ALFA], y le

atribuyó el significado de la separación de elementos de percepción entre aquellos que se pueden emplear para pensar y soñar (elementos alfa) y otros, datos en bruto inconcientes y no asimilables, a los que denominó elementos beta [véase ELEMENTOS BETA]. Esta función tiene su primer cumplimiento para el infante por obra de una madre que, en un estado mental receptivo denominado *ensoñación*, contiene la experiencia intolerable de él a través del empleo que ella misma hace de la *función alfa*, llevando esa experiencia a una acción o a unas palabras convenientes [véase ENSOÑACION; CONTENIMIENTO]. Este último modelo, el de contenimiento y función alfa, es el más completo:

«Bion no hizo todo lo que habría podido para enlazar sus tres modelos. Sin duda son experiencias repetidas de alternaciones entre realizaciones positivas y negativas las que promueven el desarrollo de los pensamientos y del pensar» (Spillius, 1988, pág. 156).

(iv) *Formación de símbolo* [véase FORMACION DE SIMBOLO]: La concepción de Freud de la simbolización quedó relativamente sin desarrollar, pero se basaba en la sublimación. Fue elaborada por Jones (1916) y otros. No obstante, estos autores no abordaron de verdad el complejo problema que plantea la especial modificación de un organismo biológico desde un mundo de satisfacciones físicas hasta el universo simbólico de la sociedad humana. La propia Klein no hizo grandes incursiones en la comprensión de la diferencia entre estos dos mundos, pero de manera implícita realzó la importancia de estudiar mejor el pensar y, en particular, la formación de símbolo como logro exclusivo del ser humano. Según lo expresó su colega Searl: «Klein ha dejado bien en claro que el simbolismo desempeña un papel importantísimo en cuanto a proporcionar el puente libidinal sobre el cual el yo puede construir sus relaciones de familiaridad con el mundo material» (Searl, 1932, pág. 330).

Pero quedaría reservado a los discípulos de Klein elaborar una teoría explícita de la formación de símbolo. Ellos tomaron como base su exposición sobre la identificación proyectiva. Mientras que Bion examinó la diferencia entre identificación proyectiva normal y patológica, Segal expuso una diferencia comparable que aclaraba la índole de la «ecuación simbólica» y la distinguía de los símbolos en sentido propio. En la *ecuación simbólica* «(...) no existía distinción entre el símbolo y la cosa simbolizada (...) No se trataba de una mera expresión simbólica de su deseo de

traerme su deyección. El creía habérmela ofrecido de hecho» (Segal, 1950, pág. 104). Con posterioridad (1957), ella sistematizó con más claridad sus puntos de vista, y mostró que semejante confusión entre el símbolo y el objeto simbolizado es el resultado de una identificación proyectiva. Esto coincide con aquella variedad de identificación proyectiva que es llevada a cabo con omnipotencia y violencia y que se propone eliminar la separación [véase ECUACION SIMBOLICA].

(v) *Contenedores y cambio* [véase CONTENIMIENTO]: La teoría del contenedor-contenido es un intento de elevar el concepto de identificación proyectiva a una teoría general del funcionamiento humano: de las relaciones entre personas y entre grupos; de las relaciones con objetos internos; y de las relaciones dentro del universo simbólico entre pensamientos, ideas, teorías, experiencias, etc. La relación contenedor-contenido existe entre dos elementos, uno que contiene al otro, con la producción, o algún otro tipo de relación, de un tercer elemento. Los atributos de esta relación son diversos, y fueron estudiados en extenso por Bion (1970). El prototipo es la unión sexual, donde una parte es contenida dentro de otra. Sin embargo, no se restringe a la unión sexual, sino que en el caso típico se puede tratar de un matrimonio que *contenga* a la actividad sexual. Está también el contenimiento de significado en el lenguaje.

Bion categorizó diversos tipos de relación continente-contenido y utilizó, de una manera algo desconcertante, dos distintos conjuntos de categorías con alguna indiscriminación:

(a) El primer conjunto se compone de relaciones que causan efectivo daño a uno u otro de los elementos de la relación. O el contenido es tan forzado que desgarrar al continente, o el continente es tan fuerte e inflexible que constriñe «( . . . ) por compresión o denudación» al elemento contenido. Estas relaciones se contraponen a la relación en que cada uno promueve al otro con un crecimiento mutuo.

(b) Por separado, Bion clasificó la relación como *comensal*, *simbiótica* o *parásita*. Las define brevemente:

«Por “comensal” entiendo una relación en que dos objetos comparten un tercero para ventaja de los tres. Por “simbiótica” entiendo una relación en que uno depende de otro para ventaja mutua. Por “parásita” denoto una relación en que uno depende



de otro para producir un tercero que es destructivo de los tres» (Bion, 1970, pág. 95).

Bion se había interesado durante mucho tiempo por el hecho de que tanto la terapia como el pensar dependen de un cambio psíquico. El psicoanálisis se debe ocupar de las posibilidades y condiciones del cambio. La actividad mental está contenida en un marco de pensamientos y expectativas que él denominó conjunciones. En consecuencia, el cambio exige desestructurar las teorías contenedoras internas existentes, y restablecer conjunciones nuevas. Bion prefería pensar este proceso como un quebranto mental leve («cambio catastrófico») que era seguido por una recuperación. La desestructuración es un proceso de fragmentación afín a las descripciones ofrecidas por Klein respecto de los problemas de la posición esquizo-paranoide, mientras que la reestructuración se alinea con la posición depresiva. Se trata de oscilaciones constantes a las que Bion dio la denominación de *Ep-D* [véase *Ep-D*].

(vi) *Contratrasferencia* [véase *CONTRATRASFERENCIA*]: La identificación proyectiva normal ha dado origen a una comprensión de la empatía y del efecto terapéutico del psicoanálisis. «Ponerse en el pellejo de otro» es una descripción de la empatía, pero es también una fantasía del tipo de la identificación proyectiva: incluirse uno mismo en la posición de otro.

El trabajo innovador de Heimann (1950) instó a tomar en serio la contratrasferencia. Esta es una respuesta *específica* al paciente, y en consecuencia puede funcionar como un instrumento preferencial para investigar su psique. Esta notable idea fue rechazada por la propia Klein, quien desconfiaba de analistas que pudieran, sobre esa base, atribuir todos sus sentimientos al paciente. No obstante, se ha convertido en un pilar de la técnica kleiniana después de Klein [véase I. TÉCNICA]. El propósito es que el analista llegue a *recibir* las identificaciones proyectivas del paciente (Money-Kyrle, 1956).

La teoría va más lejos y propone que el analista modifique entonces aquella parte del paciente que él ahora contiene, por medio de una actividad mental directa propia, realizada dentro de él mismo. Después de esto, re-proyectará (enunciando una interpretación) en el paciente una forma modificada de la proyección. El paciente entonces tiene la ventaja de introyectar no sólo esa parte de él mismo, sino también un aspecto del analista, la parte comprensiva de la psique del analista, que a partir de ese

momento se puede convertir en un recurso *interno* para el paciente en el entendimiento consigo mismo.

Este proceso descrito con claridad por Money-Kyrle presenta todos los elementos de un ciclo: una identificación proyectiva en el analista, seguida por la modificación producida por este, y la reintroyección por el paciente en la forma de la interpretación del analista. De esta manera, la interacción entre analista y paciente llega a ser iluminada por el concepto de identificación proyectiva. Esta idea no fue desarrollada por la propia Klein, y no es fácil determinar a quién se le debe atribuir el mérito principal por haberla introducido, puesto que Heimann, quien fue la que inicialmente argumentó en favor de la contratrasferencia, nunca aceptó el concepto de identificación proyectiva. La idea está presente en un trabajo clínico de Rosenfeld de 1952, si bien él no la enuncia de manera explícita; aparece explícita, pero en un contexto muy diferente, en el trabajo de Jaques (1953) sobre la manera en que las personas proyectan en los grupos sociales [véase SISTEMAS DE DEFENSA SOCIALES; e *infra*].

En caso de que el analista no atine a contener la identificación proyectiva del paciente, puede ocurrirle responder reactivamente por medio de una identificación proyectiva en aquel, lo cual es bastante común [véase Money-Kyrle, 1956; Brenman Pick, 1985; y l. TECNICA]. Grinberg (1962) denominó *contraidentificación proyectiva* a este fenómeno poco afortunado, pero frecuente.

(vi) *Identificación adhesiva* [véase PIEL]: A consecuencia de las controversias de las décadas de 1930 y de 1940 (Waelder, 1937; Isaacs, 1948) acerca de la validez de las conclusiones de Klein referidas al primer año de vida, a comienzos de la década de 1950 se hicieron intentos de obtener constancias directas de este período evolutivo. Klein (1952) informó sobre algunas observaciones de infantes, pero esta orientación adoleció de una falta de método riguroso hasta que Bick inició, en 1948, observaciones sistemáticas de infantes con su madre sobre una base hebdomadaria (Bick, 1964). Discernió que el primer objeto da al infante el sentimiento de existir, de tener una identidad. La personalidad es mantenida en total pasividad por este primer objeto (Bick, 1968).

Bick creía que la lucha por sostener al objeto interno bueno era precedida por una *introyección de la capacidad de introyectar*. Mostró al bebé debatiéndose por alcanzar la aptitud de introyectar, y sostuvo que esta es una función de la piel o, más

bien, una función de sensaciones cutáneas que despiertan fantasías de un objeto continente.

El bebé tiene que desarrollar un concepto de un espacio con límites en el que se puedan poner cosas, y del cual se las pueda retirar. El primer logro es adquirir el concepto de un espacio que contiene cosas. Este concepto se consigue en la forma de la experiencia de un objeto que mantiene unida la personalidad. El infante, cuando toma el pezón en su boca, tiene la experiencia de adquirir un objeto así: un objeto que cierra el agujero (la boca y otros orificios) en el límite que es la piel. La primera introyección es la de un objeto que provee un espacio en que los objetos puedan ser introyectados. Para que la proyección ocurra, es preciso que haya un objeto interno capaz de contención y susceptible de ser proyectado en un objeto antes que se pueda percibir que ese objeto contiene una proyección.

Cuando no se ha conseguido ese primer logro, el infante es incapaz de proyectar o de introyectar. Si falta un objeto interno que mantenga unida la personalidad, no se lo podrá proyectar en un objeto externo para que sirva de contenedor de las proyecciones. En ese caso, parecerá que la personalidad se derrama inconteniblemente en un espacio sin límites. El infante se ve precisado a encontrar otros métodos para mantener unida su personalidad, una formación de *segunda piel*. Meltzer (Meltzer *et al.*, 1975; Tustin, 1981, 1986) consideró importantes estas ideas para la elaboración de una técnica analítica con niños autistas, que suelen empeñarse en una forma de mímica mecánica, experimentada, en la fantasía, como adherida *al* objeto: una forma adhesiva de identificación.

(viii) *Estructura* [véase ESTRUCTURA]: Klein originalmente intentó retener la concepción clásica de las instancias internas del yo, el ello y el superyó. No obstante, las modificaciones que introdujo en la teoría del superyó [véase 7. SUPERYO; 5. OBJETOS INTERNOS] la llevaron a ver mucho más fluido el mundo interior. Los objetos internos son variados, tanto amorosos como odiosos, e incluyen la «figura parental combinada», que adquiere una particular importancia. La personalidad es estructurada por relaciones con todos estos objetos internos.

Para la concepción estructural del mundo interno es importante el estado de identificación, u otro tipo de relación, entre el yo y los objetos. Algunos objetos se asimilan de manera íntima al yo, mientras que otros son menos cercanos. Y aun ciertos objetos pueden no ser asimilados en modo alguno, y existir como

objetos ajenos, o cuerpos extraños [véase 5. OBJETOS INTERNOS; ASIMILACION].

El yo no se mantiene permanentemente en un estado de identificación con sus objetos. Esto varía de momento en momento, según el contexto. En su trabajo, una persona puede identificarse fuertemente con un superior, mientras que de regreso a su hogar ese mismo hombre, cuando juega con sus hijos, acaso se identifique con su padre. La fluidez de esta estructura es acorde con la adaptabilidad de las personas a su contexto inmediato. Esto representa «el otro extremo de un continuo que parte de la fragmentación» (Orford, 1987).

Por un camino diferente, el yo puede tender a divisiones más violentas. Así, diferentes conjuntos de ideas o sentimientos pueden existir de manera contemporánea e incompatible. Bajo estrés, el yo tiende a desintegrarse, por lo común siguiendo las líneas de falla, por así decir, de los objetos que han sido asimilados. Ahora bien, pueden producirse procesos de escisión más activos, con una fragmentación considerable, y perturbaciones del pensamiento y de todas las demás funciones [véase PSICOSIS].

La estructura del mundo interno se ve fuertemente influida por vía de identificación proyectiva, si partes del yo se proyectan en objetos externos. Esto da lugar a una estructura narcisista en la que el yo se encuentra identificado con objetos externos, que se considera que *son* el yo o una parte de este.

El mundo interno puede llegar a estructurarse, en las perturbaciones de la personalidad fronteriza, con arreglo a los instintos primarios. Los aspectos negativos de la personalidad se reúnen y sustentan, como por obra de violencia, en la forma de una especie de mafia (Rosenfeld, 1971). Esta estructura interna negativa es una forma interna organizada y duradera de la reacción terapéutica negativa [véase REACCION TERAPEUTICA NEGATIVA; 12. ENVIDIA]. Esta organización tiraniza a la personalidad y, en especial, a sus partes buenas, que se suele percibir aprisionadas, intimidadas y desactivadas. A menudo esto se muestra en el hecho de que la motivación para el tratamiento se vuelve oculta o inconciente. La transferencia toma un sesgo perverso, y se la usa como si fuera para bien, pero en realidad con fines retorcidos destinados a arruinar el tratamiento y frustrar el cambio [véase PERVERSION].

(ix) *El contenedor social* [véase SISTEMAS DE DEFENSA SOCIALES]: El empleo de Bion del concepto de identificación proyectiva para describir una función de contenimiento entre personas admi-

te una aplicación interpersonal. Jaques (1953), hace ya tiempo, describió estructuras sociales en función de identificaciones proyectivas e introyectivas. Grupos enteros pueden elaborar sistemas de fantasía concordantes acerca de ellos mismos y su trabajo, y de otros grupos. Como ocurre en los individuos, los grupos pueden actuar de modo de absorber los estados psíquicos de un individuo o de varios individuos. Los funerales son ocasiones en que el dolor de uno es compartido por varios. Es evidente que un grupo que mantenga una solidaridad sobre la base de un enemigo externo común se proyecta, como grupo, en el enemigo. De manera similar, un grupo que sostenga su coherencia por la común lealtad a un conductor único representa un estado de cosas en que los miembros proyectan colectivamente cualidades en aquel; y un conductor triunfante responde con una proyección de cualidades complementarias que sus seguidores introyectan colectivamente y con las que después se identifican.

La identificación proyectiva fue de este modo ampliada por Jaques para poner de manifiesto el importante proceso de la cohesión de grupo y la cualidad de ligamen tenaz de las lealtades a grupos, desarrolladas por los miembros individuales. Esto explicaba el misterioso efecto del «contagio» en los grupos, que Le Bon había expuesto y que Freud (1921) había referido al poder del hipnotizador sobre su sujeto en trance. Aunque la explicación de Freud no hacía sino remplazar un misterio por otro (el de la hipnosis), era posible continuarla mostrando que los procesos de la identificación proyectiva e introyectiva son, precisamente, los que están en la base del hipnotismo.

**EMPLEOS NO KLEINIANOS Y CRITICAS.** A medida que el psicoanálisis en los Estados Unidos empezaba a perder terreno y consideración, se elaboraban aspectos nuevos de la psicología del yo. Un campo de interés se cidió a la experiencia del «self»; también las relaciones objetales atrajeron la atención (Greenberg y Mitchell, 1983). Esto ha llevado a que se tomara en cuenta la Escuela Británica de psicoanalistas, respecto, entre otras cosas, de la «identificación proyectiva». Entretanto, el concepto era extraído del marco general de la teoría kleiniana, para ser usado en el marco teórico elaborado en los Estados Unidos.

En este proceso se han descuidado muy diversos aspectos de la identificación proyectiva: la particular variedad de identificación proyectiva que se emplea, su propósito intrapsíquico específico, si la proyección se produce con odio o no, el grado de omnipotencia en las fantasías y, en definitiva, un descuido de la

naturaleza fantasiosa de todo el mecanismo. El peligro es que la fecundidad del concepto decline con rapidez si se convierte en un comodín para designar cualquier fenómeno interpersonal. Por desdicha, el concepto de identificación proyectiva ha demostrado ser una fuente de pensamiento confuso no menos potente que el propio mecanismo.

El desarrollo diferente del psicoanálisis en los Estados Unidos [véase PSICOLOGIA DEL YO] ha llevado a poner el acento en los aspectos adaptativos del yo y en los influjos interpersonales o culturales sobre el desarrollo. En consecuencia, la «identificación proyectiva» ha sido adoptada por su valor como (1) descripción de aquellos estados de fusión entre el yo y sus objetos que se observan en pacientes psicóticos o fronterizos, o (2) concepto interpersonal que contribuye a la comprensión psicoanalítica de los procesos adaptativos así como del influjo ejercido por el contexto social.

(1) **El mecanismo intrapsíquico.** El interés por la identificación proyectiva como concepto *intrapsíquico* ha recaído en particular sobre el origen y desarrollo de las fronteras del yo a través de las cuales se produce la identificación proyectiva.

*Kernberg:* Kernberg (1975) es quizás, entre los partidarios de la psicología del yo, el más próximo a la concepción británica de las relaciones objetales. El suyo es un intento genuino de unir la psicología del yo y la teoría británica de las relaciones objetales. Específicamente, ha ensayado una integración con perspectivas kleinianas, y ha empleado la «identificación proyectiva» como un importante concepto puente entre psicología del yo y teoría de las relaciones objetales. Se propuso demostrar que los «objetos» desempeñan un papel primario, lo que tiende a prescindir de la noción de narcisismo primario:

«( . . . ) en contraste con el punto de vista psicoanalítico tradicional, según el cual existe primero una investidura libidinal narcisista, y después una investidura libidinal de objeto ( . . . ) creo que el desarrollo del narcisismo normal y patológico siempre supone la relación del self con representaciones de objeto y objetos externos ( . . . ) La conclusión general es que el concepto de “narcisismo primario” ya no parece justificado porque, “metapsicológicamente”, “narcisismo primario” e “investidura primaria de objeto” en realidad coinciden» (Kernberg, 1975, pág. 341).

Como la identificación proyectiva es el proceso por el cual partes del self se ven en el otro, no puede menos que depender del límite self-otro, y vigorizarlo en consecuencia. Por eso Kernberg hizo intervenir la identificación proyectiva en el proceso a partir del cual emergen en definitiva las fronteras del yo.

Kernberg definió la identificación proyectiva como un mecanismo temprano basado en procesos de escisión; en cambio, la proyección depende de una defensa más tardía y refinada: la represión. Otro distingo estuvo referido al aspecto «identificación», que él presentó como un componente «empático» de la identificación proyectiva; según su definición, esta «es una forma primitiva de proyección (...) se establece "empatía" con el objeto real sobre el cual se ha hecho la proyección, y esto obedece a un esfuerzo de controlar al objeto» (Kernberg, 1975, pág. 80). La proyección es la equivocada percepción del objeto, sin más compromiso con él. Así se ponía de relieve, en la identificación proyectiva, la cualidad de ser capaz de afectar el «interior» del objeto y de hacerle sentir algo bajo el control del sujeto, lo que es similar a la insistencia de Klein en hablar de proyección *en* el objeto, por oposición a proyección *sobre* el objeto (Klein, 1946, pág. 8n). Para Kernberg, la identificación proyectiva nace sólo cuando la frontera del yo se ha formado; sostuvo que aquella, puesto que consiste en el proceso por el cual se ven partes del self en el otro, no puede menos que depender de la frontera self-otro, y acaso tenga una participación profunda en su formación y su refuerzo. Lo singular es que así la identificación proyectiva queda en una posición insólita, porque originalmente se la expuso a partir de un material clínico en el que contribuía a la confusión entre self y objeto (Rosenfeld, 1965). Estas visiones dispares tienen que ser reconciliadas.

Ahora bien, cuando Kernberg intentó implantar el concepto en el marco teórico a que él adhiere, revistió sus explicaciones de una terminología enteramente ajena: «(...) lo proyectado de una manera muy ineficaz no es "agresión pura", sino una representación de sí o una representación de objeto enlazada con aquel derivado pulsional» (Kernberg, 1975, págs. 80-1). Las «representaciones de sí» y las «representaciones de objeto» no son contemporáneas en su desarrollo con la identificación proyectiva en su forma original. Y un «derivado pulsional» reemplaza a una «parte escindida del self». Está ausente la noción de fantasía de objetos sentidos en concreto como partes del self. El resultado es un extraño híbrido de términos teóricos, en que los conceptos de psicología del yo y teoría de relaciones objetales han sido distorsio-

nados hasta adquirir una forma muy diferente. Lo que parece haber ocurrido es que se produjo un choque inevitable entre procesos psíquicos y estructuras descritas objetivamente, y fantasías inconcientes experimentadas subjetivamente. La metapsicología kleiniana, que se expresa en los términos de las fantasías del propio paciente, ha sido traducida en parte en la terminología de una ciencia objetiva [véase SUBJETIVIDAD].

*Grotstein:* A veces, Grotstein (1981) escribe con un fuerte sesgo kleiniano, pero también tiene dificultades para sacudirse el marco de referencia de la psicología del yo. También él intentó echar un puente sobre la divisoria teórica. Los kleinianos, afirmó, han empleado el concepto de identificación proyectiva y otros mecanismos de defensa primitivos «( . . . ) más que para verlos como mecanismos neuróticos primitivos, para explicar la formación de estados psicóticos y, como consecuencia de esto, suelen pasar por alto los aspectos normales o neuróticos de la escisión y la identificación proyectiva» (Grotstein, 1983, págs. 529-30).

Los intentos de Grotstein de reunir las dos teorías no han consistido en mezclarlas en un cóctel de conceptos para ver lo que resulta. Concibió la idea de un desarrollo de «doble vía» en que aspectos primitivos coexisten armoniosamente con otros aspectos del yo.

Con este mismo método conciliador intentó abordar los primeros momentos de la vida, en que la identificación proyectiva opera en todo su esplendor; a su juicio, es posible resolver la esencial incompatibilidad entre el abandono del narcisismo primario por Klein, y su mantenimiento por Mahler:

«El concepto de Klein de una separación psíquica inicial del infante choca con la concepción de Mahler (y de otros) de un narcisismo primario que es continuación posnatal, o identificación primaria. La teoría de la doble vía permite admitir la corrección de uno y otro punto de vista, en dos vías» (Grotstein, 1981, pág. 88).

La confirmación experimental de Mahler (Mahler *et al.*, 1975) del punto de vista freudiano clásico de que no existe separación en las primeras semanas y meses de vida ha constituido siempre un problema para los psicoanalistas de la Escuela Británica de las relaciones objetales [véase NARCISISMO]. Klein se atuvo a la lógica de su propia trayectoria y afirmó de manera categórica que existen «relaciones objetales al nacer». Sólo sobre esta base co-



bran sentido los mecanismos de defensa primitivos. La identificación proyectiva representa las luchas del infante con aquellas relaciones tempranísimas. Las propuestas de Grotstein para dar cabida a las dos concepciones al mismo tiempo arroja un resultado insatisfactorio.

Grotstein se interesó también en distinguir entre proyección e identificación proyectiva, con esta tesis: «“proyección” es el mecanismo que tramita las pulsiones que son proyectadas sobre objetos; en cambio, las partes del self, conectadas con esas pulsiones, son tramitadas por vía de “identificación proyectiva”» (Malin y Grotstein, 1966).

*Jacobson:* Jacobson (1967) no admitió que la identificación proyectiva fuera un mecanismo primitivo: argumentó que el yo no existe en aquellas primerísimas etapas. Para ella, el de identificación proyectiva es un concepto fecundo, pero que sólo puede ser una respuesta compleja del paciente adulto, y no una repetición de los mecanismos infantiles. Rosenfeld (1987) discutió este punto de vista y sostuvo que Jacobson no entendía que la dificultad de hacer interpretaciones a pacientes psicóticos provenía de la recurrencia de un pensamiento infantil concreto basado en la identificación proyectiva.

La crítica de los que sostienen que el concepto de identificación proyectiva es demasiado complejo parece significativa y atinada, y apunta a una diferencia importante y profunda entre teorías referidas a las primerísimas funciones del yo. Es verdad que la capacidad de entrar *en* un objeto y controlar su modo de sentir y responder tiene el aspecto de algo muy complejo. Se comprueba que ocurre en pacientes neuróticos y en niños en psicoanálisis. Pero, ¿puede existir tal fantasía al nacer? La respuesta depende de la índole del objeto con el que el infante se relaciona cuando empieza a funcionar. Por un lado, los que sostienen que el yo no funciona al nacer ven en los primeros objetos unos objetos externos que se construyen con propiedades físicas cuando el infante puede percibirlos, es decir, cuando ya maneja sus receptores a distancia, en particular los ojos y los oídos; empero, por otra parte, la teoría de la fantasía inconciente llevaría a suponer que los primeros objetos se construyen como interpretaciones primitivas de sensaciones corporales básicas que producen dolor o placer; en tal caso, el objeto es un objeto emocional que tiene motivaciones pero carece de cualidades físicas. El problema que esto nos plantea es saber si los objetos tienen primero un significado emocional que después se enlaza con objetos fisi-

cos, o si tienen atributos físicos en los que se termina por descubrir una vida emocional.

Parece que contiene cierta validez la crítica de que los infantes no pueden consumir sus identificaciones proyectivas de manera tan complicada como los pacientes adultos. Los métodos extraordinariamente sutiles de uso del analista, como los describe Joseph (1975), están muy lejos del simple llanto de un infante que atrapa a su madre en su mundo. La afirmación kleiniana del carácter primitivo de la identificación proyectiva se debe matizar cuando se describen maniobras interpersonales tan complejas, para restringirla a la cualidad primitiva de ser concretas las fantasías que sustentan a aquellos métodos sutiles.

**(2) El proceso interpersonal.** La identificación proyectiva permite describir interacciones entre personas (Money-Kyrle, 1956) [véase CONTRATRASFERENCIA]. La insistencia en este aspecto de la identificación proyectiva con preferencia a las funciones intrapsíquicas de fantasía (Ashbach y Shermer, 1987) se puede denominar el concepto *interpersonal* de identificación proyectiva.

*Ogden:* Una diversidad de conceptos similares en la bibliografía del psicoanálisis clásico fue registrada por Ogden (1979, 1982). Este autor (1982, pág. 80) los especificó: la «identificación con el agresor» de Anna Freud (1936); la «externalización» de Brodey (1965); la «evocación por procuración» de Wangh (1962); la «actualización de rol» de Sandler (1976); y los agrupó a todos como una única manifestación clínica, que denominó «identificación proyectiva».

En esta formulación, el término abarca un suceso clínico complejo de tipo interpersonal: una persona desconoce sus sentimientos y manipula para inducir a que los experimente el otro, con los consiguientes cambios visibles en la conducta de ambos. Aunque admite el telón de fondo intrapsíquico, Ogden pone el acento en sucesos interpersonales observables, la «actualización interpersonal» (Ogden, 1982, pág. 177). Estos acontecimientos interpersonales son observables y no pueden ser negados; son entonces susceptibles de introducir alguna claridad, puesto que la naturaleza conductal del fenómeno es potencialmente verificable de una manera objetiva. Por esta razón, sin duda, la formulación de Ogden ha adquirido popularidad en el campo de las terapias interpersonales como la terapia de familia (Bannister y Pincus, 1965; Zinner y Shapiro, 1972; Box, 1978) y la terapia de grupo (p.ej., Main, 1975; Rogers, 1987).

Ahora bien, existe una diferencia entre una definición como la de Ogden y el concepto original. No es fácil especificarla: «La descripción de estos procesos tropieza con una gran dificultad, porque estas fantasías nacen en una época en que el infante todavía no ha empezado a pensar en palabras» (Klein, 1946). La formulación de Ogden resta importancia al vivenciar subjetivo del sujeto y a sus fantasías inconcientes, similar en esto a otras formulaciones de la psicología del yo. No obstante, la diferencia no se reduce a esto. Joseph (1975, y en muchos artículos), por ejemplo, ha adoptado una manera de describir estos fenómenos que difiere por completo de la de Ogden, Kernberg, Grotstein, etc. (Sandler, 1988). Es un intento de *indicar* dentro del material clínico, por oposición al intento de derivar una definición. Se relaciona con la experiencia subjetiva del *analista*, acerca de la cual también es muy difícil pensar en palabras, y con el uso de que el analista es objeto cuando se lo atrae inadvertidamente al mundo de fantasía del paciente.

*La ampliación del concepto:* Una cantidad de personas han apuntado una notable ampliación del concepto de identificación proyectiva. Kernberg, por ejemplo, escribió (1980): «La identificación proyectiva se amplía hasta incluir la reacción del objeto, o sea, se describe un proceso interpersonal como parte de un mecanismo intrapsíquico (. . .) [Este] deslizamiento en la definición del concepto básico trae no menos problemas clínicos que teóricos» (pág. 45). Atribuyó esta ampliación al concepto de Rosenfeld (1964a). Meissner (1980) se la adjudicó a Bion (1962a y b) y a Segal (1957). Por el otro lado, Spillius (1983) responsabilizó a autores norteamericanos como Ogden (1979):

«(. . .) el concepto es empleado hoy por no kleinianos, y hasta se escriben trabajos sobre él en los Estados Unidos. Mientras adquiría esta popularidad general, el concepto fue ampliado, y a veces se lo emplea sin rigor» (Spillius, 1983, pág. 321).

Lo que los kleinianos denominan un empleo sin rigor de este término es en gran medida fruto de la renuencia de los no kleinianos a mantener el concepto inserto en el conjunto conceptual de la posición esquizo-paranoide. Otros han eliminado buena parte del arsenal kleiniano: los distingos entre (a) identificación proyectiva patológica o normal; (b) fantasía omnipotente o empatía; (c) objetos-partes u objetos totales; y la aceptación de (a) fusiones defensivas, secundarias, descritas por Rosenfeld en tanto se

oponen al narcisismo primario, y (b) fantasía inconciente y significado subjetivo, en tanto se oponen a estructuras y mecanismos objetivos. Con respecto a saber si el concepto resultante sobre el cual «se escriben trabajos en los Estados Unidos» es fecundo, acaso ya no sea una cuestión que los kleinianos deban resolver, pero, a juzgar por la profusión de publicaciones en favor y en contra, la opinión está muy dividida.

*Meissner*: La más exigente entre las críticas dirigidas a la identificación proyectiva desde las posiciones de la psicología del yo es la que expone el trabajo de Meissner (1980). En parte, sus argumentos versan sobre el concepto kleiniano [véase ECUACION SIMBOLICA] y, en parte, sobre la ampliación de los norteamericanos hacia lo interpersonal: «( . . . ) una extensión y una aplicación excesivas del término han conducido a una situación en la que ha adquirido significados múltiples y a veces inadecuados, con el resultado de que se ha empobrecido la significación del término» (pág. 43).

Coincide en que la identificación proyectiva incluye una difusión de los límites del yo, una pérdida de la diferenciación entre self y objeto y una absorción del objeto como parte del self, elementos claves, todos ellos, de la concepción de la psicosis en la psicología del yo; y el término posee sentido sobre esta base estrictamente limitada. El problema empieza, a juicio de Meissner, cuando se lo emplea fuera de su referencia a pacientes psicóticos. Enumeremos los puntos que Meissner señala:

(a) La concepción (Klein, 1959) según la cual la empatía se basa en una identificación proyectiva es una de las ampliaciones del término que Meissner objeta, puesto que no se produce pérdida de los límites del yo en los momentos en que se hace empatía.

(b) La teoría de los contenedores de Bion [véase CONTENIMIENTO] es, según sostiene Meissner, una extensión indebida del término:

«( . . . ) la identificación proyectiva se convierte en una metáfora, traducida sin rigor en los términos de contenedor y contenido, que se aplica a casi cualquier variedad de fenómeno relacional o cognitivo en que se puedan invocar las notas comunes de relación, contenimiento o implicación» (1980, pág. 59).

Pierde su referencia precisa a la experiencia psicótica. Meissner sostiene que si la identificación proyectiva no se confina estrictamente

tamente a la psicosis, sino que se la describe en condiciones en las que existe una buena apreciación de la realidad del self y el objeto, el término queda reducido a una simple «proyección» y, en consecuencia, genera confusión.

(c) De manera similar, Meissner argumentó que es injustificada también la significación que Segal le atribuye en la ecuación simbólica (Segal, 1957), y presenta argumentos específicos para demostrar que el empleo concreto de símbolos que Segal describió no necesariamente es resultado de una identificación proyectiva. Apeló a las formas de pensamiento «paleológicas», prearistotélicas, descritas por Von Domarus (1944) [véase ECUACION SIMBOLICA].

(d) Meissner abordó después el empleo proliferante de la expresión «identificación proyectiva» como descripción interpersonal (Zinner y Shapiro, 1972; Greenspan y Mannoni, 1975; Slipp, 1973). En estos autores, registró que el término designa complejos procesos proyectivo-introyectivos en sistemas familiares, *entre* personas:

«La cuestión básica que se debe plantear como objeción al empleo de la identificación proyectiva en estos contextos es la de averiguar si las interacciones complejas que estos conceptos consideran suponen de hecho algo más que interacciones complejas de proyección e introyección» (1980, pág. 62).

Condenó la extrapolación a contextos *interpersonales* con el argumento de que esto nuevamente nos aparta de los fenómenos de la psicosis.

(e) Meissner, de manera correcta, señaló que el empleo de la expresión «identificación proyectiva» implicaba un conjunto de suposiciones tácitas: la índole del conflicto instintual, las primeras etapas en el procesamiento de estos elementos instintuales, la confusión self-objeto como defensa. En consecuencia, el término se ha distorsionado porque se lo injertó en otros conjuntos de suposiciones: narcisismo primario, confusión self-objeto como angustia primaria, la objetividad de la observación psicoanalítica.

*Contratrasferencia:* El desarrollo del concepto de identificación proyectiva coincidió con la reciente apreciación de la contratras-

ferencia. Al menos en Gran Bretaña, las dos elaboraciones parecen haberse entrelazado y reforzado una con otra. En virtud de su aspecto interpersonal, la identificación proyectiva importa para la relación de transferencia-contratransferencia. Pero esto puede inspirar métodos simplistas de conducción del análisis. Que el analista interprete la identificación proyectiva en el material clínico sobre la base de sus propias reacciones se presta a la sospecha de que no hace sino atribuir al paciente, de manera irreflexiva, sus propios sentimientos, y por este camino intuitivo directo pretende un «saber» omnipotente sobre los sentimientos de aquel. Seméjante racionalización del análisis silvestre fue condenada por Finell (1986). Esta autora se basó en viñetas extraídas de Ogden y de Grotstein para poner de manifiesto los subterfugios y la omnipotencia defensiva del analista. Esta crítica de un empleo simplista de la «identificación proyectiva» en la contratransferencia es válida, como lo sostiene también Rosenfeld (1972). Interpretaciones superficiales de este tipo llevan al paciente a obrar según el supuesto de que el analista se defiende de las proyecciones del paciente; y Grinberg (1962) apuntó que en ciertos casos, bajo estas condiciones, el paciente puede sentir que lo fuerzan a recibir las identificaciones proyectivas del analista [véase CONTRATRASFERENCIA]. Siguiendo esta línea argumental, Dorpat (1983) sostuvo que es necesario abandonar por completo el uso del término.

A veces existe acuerdo en el nivel clínico entre kleinianos y no kleinianos acerca de ciertos momentos extremos que se presentan en la situación de transferencia-contratransferencia y que se caracterizan por el hecho de que el analista es tomado desprevenido y captado para hacer algún movimiento *con* el paciente en dirección a apartarse de la situación analítica. Joseph (1975) describió algunas manifestaciones extremadamente sutiles de esto, para lo cual prestó atención a la manera en que los pacientes *usaban* al analista, así como al entusiasmo del paciente cuando prevalecía en este uso. No se trata de un uso del analista para que represente algo —una figura parental, etc.—, sino de un uso destinado a evitar ciertas experiencias de dependencia, celos, separación, envidia. Es preciso hacérselo ver al paciente para asistirlo en su entusiasmo y sensación de triunfo. Kernberg (1988) describió una situación en la que un paciente tenía el total convencimiento de que el analista había actuado fuera de la sesión en perjuicio del paciente, y se fue enojando más y más porque el analista no admitía haber cometido ese acto, hasta que este se aterró ante la posibilidad de que lo atacara físicamente. En

este caso, la potente invitación del paciente a ser arrastrado a la escenificación de algo fue resistida. El recurso del analista consistió en apartarse del encuadre analítico y afirmar que el análisis era imposible si el paciente no podía garantizar que no atacaría físicamente al analista. Kernberg defendió su manejo no interpretativo de ese intento de hacerle proyecciones, con el argumento de que en el caso de ciertos pacientes especialmente agresivos es imprescindible introducir ese parámetro en el análisis. Estas técnicas de disyuntiva —proseguir con las interpretaciones o introducir parámetros— requieren una ulterior evaluación comparativa.

El procedimiento de Kernberg se basa en el punto de vista de que la agresividad extrema representa un déficit primario del yo, una regresión al estado del yo apenas formado que empieza a emerger del narcisismo primario. En este sentido, la violencia desplegada hacia el analista es un fenómeno muy diferente de la concepción kleiniana de los efectos destructivos que sobre él tiene la identificación proyectiva que se propone controlarlo por la vía de disolver los límites. La afirmación de Kernberg en su control de la sesión hacía falta, según su punto de vista, para compensar el incierto control de su paciente.

Esto suscita un debate importante que también se roza en el punto (e), el último punto de Meissner (*supra*): ¿en qué contexto de suposiciones se debe emplear el término «identificación proyectiva»? ¿Sigue siendo el de «identificación proyectiva» el mismo concepto si los déficit psicóticos del yo se consideran surgidos de la ausencia primaria de límites del yo (narcisismo primario), en oposición al punto de vista de que provienen de las fantasías omnipotentes que participan en la identificación proyectiva? Visiones muy diferentes sobre los orígenes de la psicosis llevan a apreciaciones muy distintas sobre el significado y el valor del término, y sobre lo que se debe hacer con él. No parece existir consenso sobre el valor del término «identificación proyectiva» fuera del marco conceptual kleiniano.

Abraham, Karl (1924) «A short study of the development of the libido», en Karl Abraham (1927) *Selected Papers on Psycho-Analysis*. Hogarth, págs. 418-501.

Ashbach, C. y Shermer, Vic (1987) «Interactive and group dimensions of Kleinian theory», *Journal of the Melanie Klein Society* 5: 43-68.

Bannister, K. y Pincus, L. (1965) *Shared Phantasy in Marital Problems*. Hitchin: Codicote.

- Bibring, E. (1947) «The so-called English school of psycho-analysis», *Psycho-Anal. Q.* 16: 69-93.
- Bick, Esther (1964) «Notes on infant observation in psycho-analytic training», *Int. J. Psycho-Anal.* 45: 558-66; reimpresso (1987) en Martha Harris y Esther Bick, *The Collected Papers of Martha Harris and Esther Bick*. Perth: Clunie, págs. 240-56.
- (1968) «The experience of the skin in early object relations», *Int. J. Psycho-Anal.* 49: 484-6; reimpresso (1987) en Martha Harris y Esther Bick, *The Collected Papers of Martha Harris and Esther Bick*, págs. 114-8.
- Bion, Wilfred (1957) «Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities», *Int. J. Psycho-Anal.* 38: 266-75; reimpresso (1967) en W. R. Bion, *Second Thoughts*. Heinemann, págs. 43-64.
- (1959) «Attacks on linking», *Int. J. Psycho-Anal.* 40: 308-15; reimpresso (1967) en *Second Thoughts*, págs. 93-109.
- (1961) *Experiences in Groups*. Tavistock.
- (1962a) «A theory of thinking», *Int. J. Psycho-Anal.* 43: 306-10; reimpresso (1967) en *Second Thoughts*, págs. 110-9.
- (1962b) *Learning from Experience*. Heinemann.
- (1970) *Attention and Interpretation*. Tavistock.
- Box, S. (1978) «An analytic approach to work with families», *Journal of Adolescence* 1: 119-33.
- Brenman Pick, Irma (1985) «Working through in the counter-transference», *Int. J. Psycho-Anal.* 66: 157-66.
- Brodey, Warren (1965) «On the dynamics of narcissism: I. Externalization and early ego development», *Psychoanal. Study Child* 20: 165-93.
- Dorpat, T. L. (1983) «Book review of *Splitting and Projective Identification* by J. S. Grotstein», *Int. J. Psycho-Anal.* 64: 116-9.
- Finell, Janet (1986) «The merits and problems with the concept of projective identification», *Psychoanal. Rev.* 73: 104-20.
- Freud, Anna (1936) *The Ego and the Mechanisms of Defence*. Hogarth.
- Freud, Sigmund (1895) «Draft H - paranoia», en James Strachey, ed. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 24 vols. Hogarth, 1953-73, vol. 1, págs. 206-12. [«Manuscrito H. Paranoia», en *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores (AE), 24 vols., 1978-85, vol. 1, 1982, págs. 246-52.]
- (1920) *Beyond the Pleasure Principle*. SE 18, págs. 1-64. [«Más allá del principio de placer», en AE 18, 1979, págs. 1-62.]
- (1921) *Group Psychology and the Analysis of the Ego*. SE 18, págs. 65-143. [«Psicología de las masas y análisis del yo», en AE 18, 1979, págs. 63-136.]
- (1923) *The Ego and the Id*. SE 19, págs. 1-66. [«El yo y el ello», en AE 19, 1979, págs. 1-66.]
- Greenberg, Jay y Mitchell, Stephen (1983) *Object Relations in Psycho-Analytic Theory*. Cambridge, MA: Harvard.
- Greenspan, S. I. y Mannoni, F. V. (1975) «A model for brief intervention with couples based on projective identification», *American Journal of Psychiatry* 131: 1103-6.



- Grinberg, León (1962) «On a specific aspect of counter-transference due to the patient's projective identification», *Int. J. Psycho-Anal.* 43: 436-40.
- Grotstein, James (1981) *Splitting and Projective Identification*. Nueva York: Jason Aronson.
- (1983) «The significance of Kleinian contributions to psycho-analysis: IV. Critiques of Klein», *Int. J. Psycho-Anal. Psychother.* 9: 511-35.
- Heimann, Paula (1950) «On counter-transference», *Int. J. Psycho-Anal.* 31: 81-4.
- Isaacs, Susan (1948) «The nature and function of phantasy», *Int. J. Psycho-Anal.* 29: 73-97; reimpresso (1952) en Melanie Klein, Paula Heimann, Susan Isaacs y Joan Rivière, eds. *Developments in Psycho-Analysis*. Hogarth, págs. 67-121.
- Jacobson, Edith (1967) *Psychotic Conflict and Reality*. Hogarth.
- Jaques, Elliot (1953) «On the dynamics of social structure», *Human Relations* 6: 3-23; reimpresso (1955) con el título «Social systems as a defence against persecutory and depressive anxiety», en Melanie Klein, Paula Heimann y Roger Money-Kyrle, eds. (1955) *New Directions in Psycho-Analysis*. Tavistock, págs. 478-98.
- Jones, Ernest (1916) «The theory of symbolism», *Br. J. Psychol.* 9: 181-229.
- Joseph, Betty (1975) «The patient who is difficult to reach», en Peter Giovacchini, ed. *Tactics and Techniques in Psycho-Analytic Therapy*, vol. 2. Nueva York: Jason Aronson, págs. 205-16.
- (1981) «Towards the experiencing of psychic pain», en James Grotstein, ed. (1981) *Do I Dare Disturb the Universe?* Beverly Hills: Caesura, págs. 93-102.
- (1982) «On addiction to near death», *Int. J. Psycho-Anal.* 63: 449-56.
- Kernberg, Otto (1969) «A contribution to the ego-psychological critique of the Kleinian school», *Int. J. Psycho-Anal.* 50: 317-33.
- (1975) *Borderline Conditions and Psychological Narcissism*. Nueva York: Jason Aronson.
- (1980) *Internal World and External Reality*. Nueva York: Jason Aronson.
- (1988) «Projection and projective identification: developmental and clinical aspects», en Joseph Sandler, ed. (1988) *Projection, Identification, Projective Identification*. Karnac, págs. 93-115.
- Klein, Melanie (1927) «Criminal tendencies in normal children», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1. Hogarth, págs. 170-85.
- (1929) «Personification in the play of children», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, págs. 199-209.
- (1930a) «The psychotherapy of the psychoses», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, págs. 233-5.
- (1930b) «The importance of symbol-formation in the development of the ego», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, págs. 219-32.
- (1935) «A contribution to the psychogenesis of manic-depressive states», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 1, págs. 262-89.
- (1946) «Notes on some schizoid mechanisms», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, págs. 1-24.

(1952) «On observing the behaviour of young infants», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, págs. 94-121.

(1955) «On identification», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, págs. 141-75.

(1957) *Envy and Gratitude*, en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, págs. 176-235.

(1959) «Our adult world and its roots in infancy», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3, págs. 247-63.

Mahler, Margaret, Pine, Fred y Bergman, Anni (1975) *The Psychological Birth of the Human Infant*. Hutchinson.

Main, T. F. (1975) «Some psychodynamics of large groups», en Lionel Kreeger, ed. (1984) *The Large Group*. Constable, págs. 57-86.

Malin, A. y Grotstein, James (1966) «Projective identification in the therapeutic process», *Int. J. Psycho-Anal.* 47: 26-31.

Meissner, W. W. (1980) «A note on projective identification», *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 28: 43-65.

Meltzer, Donald (1967) *The Psycho-Analytical Process*. Heinemann.

Meltzer, Donald, Bremner, John, Hoxter, Shirley, Weddell, Doreen y Wittenberg, Isca (1975) *Explorations in Autism*. Perth: Clunie.

Money-Kyrle, Roger (1956) «Normal counter-transference and some of its deviations», *Int. J. Psycho-Anal.* 37: 360-6; reimpresso (1978) en *The Collected Papers of Roger Money-Kyrle*. Perth: Clunie, págs. 330-42.

Ogden, Thomas (1979) «On projective identification», *Int. J. Psycho-Anal.* 60: 357-73.

(1982) *Projective Identification and Psychotherapeutic Technique*. Nueva York: Jason Aronson.

Orford, Frank (1987) Comunicación personal.

O'Shaughnessy, Edna (1975) «Explanatory notes», en *The Writings of Melanie Klein*, vol. 3. Hogarth, págs. 324-36.

Rodrigué, Emilio (1955) «The analysis of a three-year-old mute schizophrenic», en Melanie Klein, Paula Heimann y Roger Money-Kyrle, eds. (1955) *New Directions in Psycho-Analysis*. Tavistock, págs. 140-79.

Rogers, Cynthia (1987) «On putting it into words: the balance between projective identification and dialogue in the group», *Group Analysis* 20: 99-107.

Rosenfeld, Herbert (1947) «Analysis of a schizophrenic state with depersonalization», en Herbert Rosenfeld (1965) *Psychotic States*. Hogarth, págs. 13-33; publicado originalmente en *Int. J. Psycho-Anal.* 28: 130-9.

(1952) «Notes on the psycho-analysis of the superego conflict in an acute schizophrenic», en *Psychotic States*, págs. 63-103; publicado originalmente en *Int. J. Psycho-Anal.* 33: 111-31.

(1964a) «Object relations of the acute schizophrenic patient in the transference situation», en Solomon y Glueck, eds. *Recent Research on Schizophrenia*. Washington: American Psychiatric Association.

(1964b) «On the psychopathology of narcissism: a clinical approach», *Int. J. Psycho-Anal.* 45: 332-7; reimpresso (1965) en *Psychotic States*, págs. 169-79.

- (1965) *Psychotic States*. Hogarth.
- (1971) «A clinical approach to the psycho-analytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism», *Int. J. Psycho-Anal.* 52: 169-78.
- (1972) «A critical appreciation of James Strachey's paper on the nature of the therapeutic action of psycho-analysis», *Int. J. Psycho-Anal.* 53: 455-61.
- (1983) «Primitive object relations and mechanisms», *Int. J. Psycho-Anal.* 64: 261-7.
- (1987) *Impasse and Interpretation*. Tavistock.
- Sandler, Joseph (1976) «Dreams, unconscious phantasies and "identity of perception"», *Int. Rev. Psycho-Anal.* 3: 33-42.
- ed. (1988) *Projection, Identification, Projective Identification*. Karnac.
- Schmidberg, Melitta (1931) «A contribution to the psychology of persecutory ideas and delusions», *Int. J. Psycho-Anal.* 12: 331-67.
- Searl, Mina (1932) «A note on depersonalization», *Int. J. Psycho-Anal.* 13: 329-47.
- Segal, Hanna (1950) «Some aspects of the analysis of a schizophrenic», *Int. J. Psycho-Anal.* 31: 268-78; reimpresso (1981) en *The Work of Hanna Segal*. Nueva York: Jason Aronson, págs. 101-20.
- (1956) «Depression in the schizophrenic», *Int. J. Psycho-Anal.* 37: 339-43; reimpresso (1981) en *The Work of Hanna Segal*, págs. 121-30.
- (1957) «Notes on symbol formation», *Int. J. Psycho-Anal.* 38: 391-7; reimpresso (1981) en *The Work of Hanna Segal*, págs. 49-65.
- Slipp, S. (1973) «The symbiotic survival pattern», *Family Process* 12: 377-98.
- Spillius, Elizabeth Bott (1983) «Some developments from the work of Melanie Klein», *Int. J. Psycho-Anal.* 64: 321-32.
- (1988) *Melanie Klein Today: Volume 1 Mainly Theory*. Tavistock.
- Stern, Daniel (1985) *The Interpersonal World of the Infant*. Nueva York: Basic.
- Tustin, Frances (1981) *Autistic States in Children*. Routledge & Kegan Paul.
- (1986) *Autistic Barriers in Neurotic Patients*. Karnac. [Barreras autistas en pacientes neuróticos, Buenos Aires: Amorrortu, 1989.]
- Von Domarus (1944) «The specific laws of logic in schizophrenia», en Jacob Kasanin, ed. *Language and Thought in Schizophrenia*. Berkeley: University of California Press.
- Waelder, Robert (1937) «The problem of the genesis of psychical conflict in earliest infancy», *Int. J. Psycho-Anal.* 18: 406-73.
- Wangh, Martin (1962) «The "evocation of a proxy": a psychological maneuver, its use as a defence, its purposes and genesis», *Psychoanal. Study Child* 17: 451-72.
- Zinner, J. y Shapiro, R. (1972) «Projective identification as a mode of perception and behaviour in families of adolescents», *Int. J. Psycho-Anal.* 53: 523-30.